

# **VIOLENCIA Y TERRORISMO: UN ANÁLISIS DESDE LA PERSPECTIVA ECOLÓGICA**

**GONZALO MUSITU OCHOA**

Profesor y Director del Área de Psicología Social de la «Universitat de València».

## **SUMMARY**

**I**n this article, the issues of violence and terrorism are analyzed from an ecological perspective. Thus, terrorism is viewed as something more than the manifestation of some sort of psychopathology or the consequence of frustration or social unfairness. Terrorism is considered to result from the confluence of multiple factors, such as individual factors, family and school factors, factors related to the peer group, as well as socio-historical factors and, finally, the mass media. In the last part, I underline the advantages of this ecological approach and the relevance of analyzing all the contexts if a long-term solution to this social problem wants to be found.

## **SUMARIO**

En este artículo se analizan la violencia y el terrorismo desde una perspectiva ecológica. Se considera que el terrorismo es algo más que la manifestación de algún tipo de psicopatología o la consecuencia de la frustración o de los desequilibrios sociales. Se considera que el terrorismo es el resultado de la confluencia de múltiples factores, tales como factores individuales, familiares y escolares, factores relacionados con el grupo de iguales, así como también factores socio-históricos y finalmente los medios de comunicación. Finalmente, se subrayan las ventajas del acercamiento ecológico y la importancia de analizar todos los contextos en el análisis de este problema social.

## **I. INTRODUCCIÓN**

La violencia, en sentido amplio, y el terrorismo son dos términos íntimamente relacionados aunque con una cierta asimetría en sus rela-

ciones. Así, sabemos que no toda violencia es terrorismo, pero sí que todo terrorismo es violencia. Si analizamos algunas de sus múltiples formas, los actores que las protagonizan y las motivaciones que la impulsan, constatamos la tremenda complejidad de la violencia en este final del milenio.

Asumiendo los riesgos que por defecto o por exceso lleva implícita toda clasificación, me atrevo a sugerir tres grandes categorías que aglutinan una parte importante de la multiplicidad de expresiones de violencia en nuestros días: 1. *Violencia del Estado*, la cual podría categorizarse a su vez en violencia ilegal, violencia ilegítima y la violencia como instrumento; 2. *Violencia de grupos cívicos*, en la que se integrarían la violencia de los grupos alzados en armas contra particulares, crimen organizado y violencia de particulares organizados y 3. *Violencia insurgente* en la que se incluirían las revoluciones, las guerrillas y el terrorismo. Esta última forma de violencia la encontramos generalmente impregnada de otras formas de violencia previas y es, a mi juicio, la forma más característica y dramática de los últimos tiempos, fundamentalmente, por la brutalidad de sus argumentos, la irracionalidad de sus demandas y la incertidumbre social que generan. Mi postura es que la violencia, sea cual fuere su origen, la forma de su expresión y sus objetivos, es siempre negativa, es, como dice Cortina (1996), negativa y por tanto rechazable. La violencia no es ni debe ser el recurso al que deben acudir los hombres para solucionar sus problemas y conflictos, porque de su uso no se deriva una mejor calidad de las relaciones humanas y de la vida social en general.

Definiría la violencia como todo acto intencional de uno o más seres humanos haciendo uso ilegítimo o amenaza de uso de la fuerza, dirigido a otro u otros seres humanos con la finalidad de ocasionarles daño físico o psicológico y es, además, percibido como intencional por el receptor, receptores o potenciales receptores. Es, también, el comportamiento humano más obstructor para la realización personal y para la convivencia social. Esta definición integra la intencionalidad, el daño físico o psicológico, el uso ilegítimo de la fuerza y la percepción de la intencionalidad por el receptor o receptores reales o potenciales y personas próximas. En esta definición, en primer lugar, no se excluye ningún contexto o realidad psicosocial y, en segundo lugar, se soslayan, no se excluyen, las connotaciones afectivas. A la violencia política, en la que se integrarían las ideas previas, habría que añadir aquellas expresadas en la definición de Dowse y Hughes (1979): «actos de desorganización, destrucción o daño que tienden a modificar el comportamiento de otros con consecuencias para el sistema social y político». El terrorismo lo definiría como el uso sistemático de una estrategia de violencia extrema cuya característica más significativa

es el terror y la incertidumbre que genera en la sociedad en general y se sustenta en la creencia de que con ello se obtendrán determinados resultados socio-políticos. En este sentido, Reinares (1993) añade al uso sistemático de la violencia, el que éste sea por el poder o contra el poder. La violencia política, a diferencia del terrorismo, tiene entre sus objetivos unas personas o unas instituciones muy delimitadas, concretas, «selectivas», lo que no quiere decir que no haya alguna arbitrariedad en la última selección de la víctima. Pero el terrorismo pretende, además de inspirar terror, socializar el miedo (Elzo, 1996:2).

El terrorismo, independientemente de las fuentes y de las formas, tiene una serie de características que podríamos considerar universales: la utilización permanente del asesinato, la destrucción y el daño físico y psicológico a través de la intimidación pública y el terror con una finalidad política – pensemos que el terrorismo es un modo deliberado de desatar el terror con fines políticos–; la utilización cada vez más frecuente de instrumentos sofisticados de tortura y muerte –no podemos soslayar el hecho de que los avances tecnológicos en armas, explosivos, transporte y comunicaciones también mejoran el potencial destructor del terrorismo–; es racionalizado y justificado por alguna filosofía, teoría o ideología, no importa lo cruel que sea ésta; es la creación de atmósferas de terror, desesperación e impotencia en su imaginario enemigo con la finalidad de someterlo a sus propias demandas; en sus efectos, es indiscriminado, lo que ayuda a diseminar el terror y el miedo, puesto que todos podemos ser víctimas, lo cual infunde un profundo sentimiento de vulnerabilidad personal generalizada (Wilkinson, 1987; O’Sullivan, 1987).

El terrorismo no surge espontáneamente; tampoco por convulsiones económicas y sociales o por una necesidad irreprimible de unos jóvenes radicales con graves problemas de ajuste psicosocial que pierden el control y el raciocinio; se trata, a mi juicio, de una compleja confluencia de fuerzas psico-socio-políticas que es necesario integrar y analizar si de verdad queremos comprender y afrontar en toda su complejidad este grave problema social. El terrorismo, desde una perspectiva psicosocial, es más que una manifestación de alguna psicopatología o el resultado de frustraciones e injusticias sociales. Es, a mi entender, el resultado de la convergencia de factores individuales, familiares, escolares, sociales e históricos íntimamente relacionados. Asumir la interdependencia de esos factores –perspectiva ecológica– que proceden en su mayoría de los diferentes contextos significativos que configuran el desarrollo humano –microsistema, mesosistema, exosistema y macrosistema– tiene significativas implicaciones teóricas y prácticas.

## II. EL ACERCAMIENTO ECOLÓGICO

Entre los principios de este acercamiento se encuentran, en primer lugar, la necesidad de estudiar los fenómenos como un sistema total y no considerarlos como entidades independientes y, en segundo lugar, el análisis debe centrarse en las distintas interrelaciones que existen tanto entre los elementos del sistema como entre los distintos sistemas o, lo que es lo mismo, en la complejidad organizada.

Estos dos principios tienen importantes implicaciones para el análisis de los problemas sociales entre los que se encuentra también el terrorismo. Son los siguientes: 1. El investigador y analista social, al trascender en sus análisis al individuo o grupo para situarse en sus interrelaciones, pierde toda posible inclinación o tentación de estigmatización o etiqueta, puesto que el problema no se sitúa en uno u otro lado del conflicto, o lo que es lo mismo, en los actores emisores o en los actores receptores, sino en sus interrelaciones, lo que supone asumir *el principio de la circularidad* –no hay relaciones diferenciadas ni claras de causa-efecto, las relaciones son circulares– sobre el de la *causalidad* –hay una relación de causa-efecto–; 2. Toda intervención o actuación que no se centre en los contextos y sus interrelaciones tiene una alta probabilidad de que fracase; 3. Se integrarían en un modelo comprensivo las diferentes perspectivas teóricas o formas de acercarse al análisis de ese drama social; 4. Se darían soluciones al problema no desde los actores, que sería más violencia, sino desde la compleja red configurada por todos y cada uno de esos contextos.

En este artículo, me voy a centrar en el análisis, desde la perspectiva ecológica, de esos contextos y de sus relaciones, defendiendo la idea de que el terrorismo es la punta de un iceberg en el que la parte oculta está configurada por las interacciones de los contextos individual, familiar-escolar, los iguales, los medios de comunicación y el contexto histórico y, en consecuencia, que cualquier análisis o programa de actuación debe considerar todos y cada uno de esos contextos.

### 2.1. Contexto individual

Hay investigadores y académicos, posiblemente estimulados por políticos y circunstancias políticas, que comparten la teoría conservadora del «control del delito» fundamentada a su vez en el modelo clínico o psiquiátrico, cuyo principio básico consiste en que individuos enfermos o perversos –no las desigualdades sociales ni los conflictos sociopolíticos– son responsables de la violencia y el terrorismo (Turk, 1996). En este sentido, los estudios clínicos, a través de historias personales, psico-biografías y entrevistas, no han identifica-

do ninguna característica psicopatológica común a los terroristas (Ferracuti, 1982; Ministerio del Interior de Alemania Occidental, 1981-82-83-84).

En general, numerosos problemas provienen de enfocar la atención de forma exclusiva en la propia psicopatología, o bien de una definición demasiado restringida de la misma y, entonces, sucede que los árboles no nos permiten ver el bosque. Sin embargo, no creo que se pueda afirmar hoy, con la información de que disponemos, que el terrorismo sea el producto de personas con serias perturbaciones mentales. El amplio espectro de la actividad terrorista no puede categorizarse como «irracional» y, por tanto, como patológico, ilógico o inexplicable. Recurrir al terrorismo no tiene por qué ser, siempre y necesariamente, una aberración. Puede constituir, como afirma Reich (1992), una respuesta racional y calculada a las circunstancias. Tenemos constancia de como, a lo largo de la historia y en la actualidad, con igual o mayor intensidad, personas con una vida normal y responsable han perpetrado actos abominables y atroces en nombre de principios religiosos, ideologías supuestamente justas y demandas nacionalistas, lo cual nos invita a pensar en el hecho de que las atrocidades del terrorismo requieren condiciones sociales favorables, antes que personas enfermas o monstruosas para cometer esas atrocidades. Con condiciones sociales apropiadas, a personas supuestamente normales, de convivencia grata, se les puede inducir a actos espantosamente crueles (Wilkinson, 1985, 1987; Ver tb. los experimentos de Milgram, 1974).

### *2.1.1. Mecanismos individuales*

Tampoco parecen tener fundamento otros intentos que se han llevado a cabo por atribuir automáticamente los comportamientos terroristas a mecanismos, procesos o características psicológicas particulares. Por ejemplo, es improbable, como indica Corrado (1981), que el «narcisismo» explique el terrorismo de incluso un número pequeño de grupos ideológicamente radicales (vit. Lasch, 1979 y Morf, 1970), o que en su defecto lo trate de explicar el deseo de morir (Cooper, 1977 y 1978; Reich., 1992).

Cierto es que para pasar de ser una persona con unos principios éticos, entre los que se encuentra el respeto al otro y a la vida del otro, a otra, en la que la vida del otro no cuenta y donde no hay escrúpulos ni autocensura, se requiere, al menos, dar un gran paso que psicológicamente consiste en una reestructuración cognoscitiva del significado de asesinar, de manera que este acto pueda ejecutarse libre de la autocensura (Bandura, 1992), lo cual ocurre no sólo en los terroristas, sino también en los gobernantes y en otros ámbitos de la vida social.

En conjunción con este mecanismo psicológico, operan otros como la comparación siguiendo el principio del contraste y el desplazamiento de la responsabilidad que brevemente paso a describir. La comparación, siguiendo el principio del contraste, consiste en utilizar un referente de comparación extremadamente negativo, de manera que los actos de uno parezcan insignificantes o incluso loables. El individuo, en este caso el individuo terrorista, minimiza sus asesinatos como la única arma defensiva de que disponen para reprimir las crueldades generalizadas que sufren elementos de su grupo. Es más, ante sus grupos de pertenencia y apoyo, los ataques dirigidos contra el «aparato represor» —no importa que haya víctimas— son actos de desprendimiento y martirio. Lo mismo sucede con aquellas personas y sectores sociales víctimas de actos terroristas para quienes los actos de represalia contra los terroristas son insignificantes y aplaudidos si los comparan con las atrocidades cometidas por los terroristas.

Bajo condiciones de desplazamiento de la responsabilidad, la gente ve sus acciones como si surgieran de los dictados de las autoridades, y no de su propia voluntad. El desplazamiento de la responsabilidad no sólo debilita las restricciones sobre las propias reacciones perjudiciales sino que también, como indica Bandura, elimina la preocupación social por el bienestar de la gente maltratada por otros (Tilker, 1970; Bandura, 1992).

Otra forma de debilitar las reacciones de autodisuasión es a través de la desconsideración o falsa representación de las consecuencias de la acción. Cuando los terroristas deciden realizar actividades que son perjudiciales para los demás evitan confrontación o minimizan el daño causado. Recuerdan fácilmente la información que reciben previamente sobre los beneficios potenciales del comportamiento pero no son capaces de recordar sus efectos perjudiciales (Wilkinson, 1987). Naturalmente que, junto con la falta de atención selectiva y de una alteración cognoscitiva de los efectos, la representación social distorsionada conlleva con frecuencia esfuerzos activos para desacreditar las pruebas del daño que causan. Así, mientras se ignoren, minimicen, distorsionen o se perciban con frialdad e incredulidad los resultados perjudiciales de la propia conducta, hay pocas razones, si alguna, para activar la autocensura.

Estos y otros mecanismos de desconexión no transforman en un instante a una persona respetuosa en otra «despiadada», capaz de asesinar a otros seres humanos, más bien es un proceso que opera a través de un amplio entrenamiento de desconexión moral y destreza, en este caso destreza terrorista. Posiblemente, el aspecto más importante para comprender a los terroristas es el asumir que estos tienen la sen-

sación de estar defendiéndose contra un mundo agresivo, malvado, intruso y sanguinario (Kellen, 1992).

Tengamos presente también que la desconexión opera sobre los objetivos de los actos violentos. Sabemos que percibir a la víctima como un ser humano intensifica las reacciones empáticas merced a la similitud percibida. Las alegrías y los sufrimientos de los semejantes despiertan sentimientos más similares que las alegrías o sufrimientos de personas extrañas o a las que se ha despojado de sus cualidades humanas. Así, es fácil referirse a las víctimas con nombres tales como gusanos, ratas, etc.

En resumen, la mayoría de los terroristas no muestra una psicopatología grave. Aunque los datos indican que muchos terroristas no han tenido éxito en su vida personal, educativa y vocacional (Post, 1992 y Bandura, 1992), aspectos que, por otra parte, tienen que ver poco con la esquizofrenia y la locura y los impulsos asesinos, la manera menos sesgada de entender los actos terroristas desde la perspectiva individual es acudiendo a los mecanismos que estos utilizan para justificar sus actos terroristas, así como sus intenciones y naturalmente, las reacciones de la población. La gran transformación personal que tiene lugar en gran parte de los terroristas que, en muchos casos los conduce al nihilismo, a la desesperación y al temor extremo ante el castigo del grupo, puede arrastrarlos al suicidio (Sprinzak, 1992) además de sentir que es imposible regresar a una situación cognitiva y social que podríamos llamar normal. A esto hay que añadir el hecho de que el terrorista convencido cree profundamente que sus fines justifican cualquier medio y desecha cualquier argumento a favor del respeto de los derechos humanos.

## *2.2. Contexto familiar*

La familia es el entorno fundamental en la determinación de las actividades y la estructura de relaciones del niño y adolescente, pero obviamente no es el único. A medida que el sujeto crece, la normativa cultural determina su ingreso y participación en otros entornos de socialización, de manera que el ambiente social se amplía gradualmente con la edad. La participación en entornos múltiples es consecuencia del desarrollo, puesto que la cultura dicta ciertas transiciones ambientales a ciertas edades; pero también es causa y condicionante del desarrollo, ya que incrementa la densidad, la complejidad y la flexibilidad en la experiencia y la representación del mundo social. Para comprender, pues, el proceso de socialización hay que ir más allá del microsistema familiar y abordar el análisis del mesosistema, del «con-

*junto de relaciones entre los entornos en los que la persona en desarrollo participa de forma activa» (Bronfenbrenner, 1977).*

La familia es, desde la infancia a la adolescencia, el referente fundamental del sujeto, y esto en dos sentidos: por un lado, es el ambiente más estable y duradero desde el nacimiento hasta el fin de la adolescencia, mientras el sujeto atraviesa todas esas transiciones contextuales normativas. Es el entorno que, en condiciones normales, permanece, aunque por supuesto se va modificando. Y las transformaciones que sufre proceden en gran parte de la interacción con otros contextos que constituyen el mesosistema del sujeto. Y por otro lado, es el principal determinante de la "ubicación social" del niño y adolescente, por tanto, de las características concretas —e incluso de la presencia o ausencia— de los demás entornos. A medida que el sujeto crece, su autonomía social y la capacidad de seleccionar sus propios ambientes se incrementan paralelamente, pero aún entonces siempre tendrá que construir su mundo desde el "lugar social" originario que su familia le proporcionó (Musitu y Allatt, 1994; Gracia, Herrero y Musitu, 1995).

En la familia tiene lugar uno de los procesos más importantes para la salud mental y física de los seres humanos. Me estoy refiriendo a la socialización. Tradicionalmente, se ha entendido la socialización familiar como aquellos procesos de interacción que se producen en el contexto familiar y que tienen como objetivo inculcar en los hijos un determinado sistema de valores, normas y creencias (Molpeceres, 1991; Musitu et al., 1988; Musitu y Allatt, 1994). A través de esos procesos, los hijos aprenden cómo comportarse y afrontar las diferentes situaciones sociales y transmiten a sus hijos su concepción del mundo, así como una representación global del funcionamiento de la realidad social. Este proceso incluye tanto demandas explícitas —la verbalización de normas de conducta— como elementos mucho más sutiles, tales como la percepción de las expectativas que los otros significativos, fundamentalmente los padres, tienen en torno a él. Es decir, hay una transmisión sutil, en muchas ocasiones no consciente, de todo un sistema de valores y creencias.

Es, por lo tanto, en el contexto familiar donde el niño, por primera vez, se le indica qué es lo bueno, lo valioso, lo deseable, y en donde comienza a construir su propio sistema de valores. Evidentemente, el proceso de «construcción» de este sistema no sólo se ve influido por estos otros significativos; no es un sistema inmutable y, a lo largo de la vida, son diversas las influencias que se adivinan en la organización de nuestro sistema de creencias —la escuela, los iguales, el contexto laboral y la propia experiencia personal—. Sin embargo, aunque la familia no determine totalmente el sistema de valores del individuo,



sienta las bases de lo que a lo largo de su vida tendrá por central o altamente deseable.

Una socialización negativa dificulta a lo largo de la vida el establecimiento de lazos con los demás y está relacionada con niveles bajos de confianza en las relaciones sociales y con una excesiva dependencia en las adhesiones sociales —o políticas— como mecanismo compensatorio. Las duras experiencias físicas y emocionales producen poderosos sentimientos de culpabilidad y ansiedad que son luego reprimidos o externalizados y proyectados sobre otros. Los trabajos de Volkan (1968), Fornari (1975) y Gartner (1996) estiman que los grupos y los individuos identificados con dichas representaciones negativas pueden fácilmente convertirse en agresores potenciales.

Las experiencias derivadas de una socialización negativa en la infancia y adolescencia tienen efectos en los adultos, quienes son más agresivos y están más predispuestos a implicarse en conflictos abiertos. Por último, varios estudios interculturales reflejan una correlación positiva entre las prácticas negativas de socialización y la agresión física, el desajuste psicosocial, el consumo de drogas, la belicosidad y la lucha armada (Levinson y Malone, 1980; Zigler y Child, 1969; Musitu y Allatt, 1994; Rollins y Thomas, 1979).

Las prácticas educativas infantiles afectivas y cálidas no deben considerarse sin más como lo contrario de lo que se entiende por socialización negativa, ya que dichas prácticas tienen en la conducta agresiva efectos independientes. Esta distinción guarda quizá una cierta similitud con la diferenciación entre permisividad y castigo en la socialización de la agresión, puesto que éstos, según Sears, Maccoby y Levin (1958), tienen efectos independientes en la conducta agresiva. Una manifestación del afecto más abierta hacia los niños, un mayor énfasis en valores tales como la confianza, la honestidad y la generosidad, y unos lazos más íntimos entre padre e hijo, por ejemplo, son prácticas todas que estimulan a los individuos a desarrollar las habilidades sociales necesarias para resolver los conflictos sin recurrir a la violencia (Ross, 1981; 1991).

Estudios antropológicos muestran igualmente que una socialización cálida y afectiva se relaciona con una baja conflictividad, tanto dentro de la sociedad como en el trato con extraños. Las representaciones sociales de los otros suelen ser relativamente de apoyo, de confianza, de cooperación y de ayuda. Cuando las expectativas son mutuas, se desarrollan unas secuencias reforzantes y, una vez que han comenzado, se mantienen unos patrones bajos de conflictividad (Montagú, 1978).

En relación con el terrorismo, los trabajos científicos que relacionan las prácticas de socialización con el terrorismo son muy escasos.

Uno de los estudios más serios, realizado hasta la fecha sobre los aspectos psicosociales del terrorismo, es el realizado por un grupo de científicos alemanes patrocinado por el ministerio del Interior alemán y publicado en cuatro volúmenes (Vls. 1981, 82, 83 y 84). Estos científicos analizan la vida de 250 terroristas de Alemania Occidental, 227 de izquierda y 23 de derecha de familias fragmentadas; se descubrió que la pérdida del padre tenía hondas repercusiones. El 79% de las personas investigadas informó que tenían conflictos graves con los padres (33%), y describieron en términos hostiles al padre, cuando todavía estaba presente en sus vidas. Uno de cada tres había sido previamente condenado en un tribunal de menores. En general, la conclusión de los autores fue que el grupo de terroristas cuyas vidas habían estudiado mostraban una pauta de fracaso tanto educativo como vocacional. Al considerar a los terroristas como «orientados hacia el progreso y propensos al fracaso», los investigadores caracterizaron sus carreras como «el punto terminal de una serie de intentos de adaptación abortados» (Post, 1992). Parece que la infancia infeliz característica de muchos terroristas alemanes los ha convertido en gente iracunda, negativa y frustrada. A juzgar por los materiales fragmentarios de que se dispone, eso parece ser especialmente cierto de aquellos que proceden del ambiente estricto e intolerablemente rígido tan típico de la burguesía alemana, con sus numerosas compulsiones y pretensiones (Kellen, 1992). La ansiedad que han experimentado la mayoría de los miembros de la Facción del Ejército Rojo con respecto a sí mismos, y atribuible a su pasado emocional, también fue atestiguada por Baumann (1979), especialista en explosivos del grupo. No obstante, sería deseable más información relativa a los procesos de socialización en la infancia y adolescencia en los miembros de grupos terroristas, puesto que la información de que se dispone no es suficiente como para llegar a conclusiones rigurosas.

### 2.3. Contexto escolar

*La Escuela* es una institución social que refleja la cultura de la que forma parte y transmite a los jóvenes que están educándose en ella no sólo conocimientos y habilidades específicas, sino un modo determinado de ver el mundo. El contenido y valores de la educación, la organización física y social de la escuela, el estilo de enseñanza, son subsistemas de la escuela que se encuentran regidos de algún modo por el *macrosistema* y que tienen gran incidencia en la formación del alumno (Musitu et al., 1996; Musitu y Allatt, 1994). Por ejemplo, un caso extremo de utilización de la escuela como plataforma en la formación de guerrilleros es la Madraza o escuela coránica a donde acuden los niños más pobres, aprenden de memoria el Corán, se sociali-

zan en un ambiente draconiano y luego los fundamentalistas afganos, entre ellos los Talibanes, acuden a estos centros para nutrir sus filas de ideólogos, jueces islámicos, y milicianos dispuestos a dar la vida por un modelo de Islam más propio de la época de Mahoma que de finales de este siglo.

La concepción de la escuela como contexto donde tienen lugar otros procesos, además del aprendizaje de conocimientos, se inicia en los años cincuenta con los trabajos de orientación ecológica de Barker y sus colaboradores, centrando su atención en el entorno y la situación para explicar y comprender la conducta humana. El ajuste en la escuela, la aceptación de profesores y alumnos son determinantes importantes en el ajuste psicosocial de los jóvenes e incluso en su vida adulta. (Barker et al., 1953; Molpeceres, 1991; Ovejero, 1990). Los datos indican que muchos terroristas no han tenido éxito educativo y vocacional y tampoco una integración escolar adecuada (Post, 1992 y Bandura, 1992).

En todas las aulas encontramos grupos de alumnos con una pobre identificación con el centro educativo, con problemas de integración y con muy baja motivación —esto se incrementa significativamente allí donde el alumnado procede de estratos socio-económicos bajos—, hasta el punto de que toda su ilusión es llegar a los 16 años para abandonar el centro educativo. Una parte importante de estos niños se organiza en pandillas y va creando y recreando una cultura de clase y de grupo —los colegas— con la que tratan de dejar constancia de quiénes son, de su idiosincrasia, y enfrentarse o soportar menos dolorosamente las exigencias de la cultura escolar oficial «legítima», cuando no también enemiga.

Los «colegas» construyen, día a día, una verdadera *contracultura* dentro de una institución claramente representativa de la cultura dominante, oficial. Estas penetraciones, o conductas, en ningún momento previstas como objetivo por las personas que planifican el *currículum*, ni por el profesorado, se producen en el mismo corazón de la escuela, la institución encargada de la difusión y salvaguardia de unos valores antagónicos a esas desviaciones marginales. Tal grupo de alumnos tratará de aprovechar cualquier mínima posibilidad para hacerse con el control de la situación, arrebatándoselo, por tanto, a sus profesores y profesoras.

*El grupo de iguales: La implicación en grupos terroristas.* Pertenecer al grupo terrorista puede representar para muchos de estos muchachos y muchachas la primera vez que se sienten formar parte de algo, que se sienten realmente importantes, que tienen la impresión de que lo que hacen cuenta para algo. Integrarse en un grupo terrorista puede representar para estos jóvenes un intento por consolidar una

autoestima quebrantada, por resolver una división y ser uno con uno mismo y con la sociedad. Muchos de sus miembros provienen de sectores marginales de la sociedad, y la pertenencia a estos grupos fundamentalistas o nacionalistas contribuye poderosamente a la consolidación de la identidad psicosocial en un momento de gran inestabilidad y flujo social (Post, 1992). Satisfacen, además, ciertas necesidades personales, como el apoyo y la aprobación de otros miembros del grupo, oportunidades para ejercer la violencia, rebelarse contra el mundo de los padres, y muchas otras de las que como dice Reich (1992) nosotros no nos sentiríamos orgullosos. En este sentido, Ali Tunsi responsable de seguridad en el Ministerio del Interior de Argel, considera que hoy son legión los argelinos de menos de 30 años que corresponden al personaje de la película de Merzak Alluache, «Omar Gatlati», un muchacho sin trabajo que vive a costa de sus padres, que duerme en la cocina de la vivienda familiar y que se pasa el día en el café, o «sosteniendo los árboles de las aceras». En este contexto, pocas son las personas que se extrañan de la facilidad con que los cabecejas integristas prometen el paraíso y una mejor existencia terrenal a sus jóvenes reclutas.

Pero hay otras cosas que la vida del terrorismo puede aportar, como poder, identidad, prestigio, privilegios, puede suministrar un camino para avanzar, una oportunidad para la gloria, la excitación y el riesgo, para alcanzar renombre mundial, una forma de demostrar la osadía que se tiene, e incluso un medio de acumular riqueza y también pertenencia y aprobación social. Pero, sobre todo, los terroristas se perciben en ocasiones como «héroes y salvadores» de realidades imaginarias y de enemigos imaginarios; una percepción que es reforzada por una compleja y densa red de apoyo no terrorista configurada por familiares, amigos, instituciones que les refuerzan sus creencias y sus propias autopercepciones. Por eso, más que combatir y perseguir al terrorista, hay que intervenir y actuar desde la concordia sobre su red o redes de apoyo. Según ha observado Crenshaw (1992): «El grupo es vital como seleccionador e intérprete de la ideología». Por ejemplo, el retrato robot del terrorista argelino es, según el responsable de Interior de ese país, un muchacho entre los dieciocho y los treinta años que «no tiene nada que perder» fanatizado por el extremismo de grupos religiosos que le apoyan moral y materialmente y que a cambio le piden que dé su vida.

Para Laitin (1996), el reclutamiento de jóvenes terroristas requiere de dos condiciones: 1. Debe haber un estrato social en que la violencia sea parte del repertorio de la cultura habitual. Los estudios criminológicos se han concentrado en la clase media baja y en los jóvenes de clase obrera en barrios urbanos, en pequeñas ciudades y en

sociedades rurales (Mardin, 1978; Laitin, 1996) y 2. Entre los jóvenes que son miembros de los grupos sociales (en contraposición con los políticos y económicos) locales es donde más éxito tiene la banda violenta en el reclutamiento. Una proposición inicial es que una condición necesaria para la acción guerrillera nacionalista contra la autoridad estatal es una sociedad rural rica en grupos sociales de pertenencia (Laitin, 1996).

Post (1992) considera, desde una orientación psicoanalítica, que la obsesión del terrorista de que hay que destruir el establishment deriva de la búsqueda de identidad por parte del terrorista y por el hecho de que al golpear al establishment está intentando destruir al enemigo que lleva dentro.

Como unidad social, el grupo terrorista clandestino está aislado del mundo exterior, pero construye una realidad propia y todo un nuevo conjunto de pautas morales y de comportamiento que se imponen de forma estricta, además de una ferviente creencia compartida que es la que verdaderamente mantiene cohesionado al grupo. Se ha de hablar de una autonomía e independencia grupales donde priman la solidaridad, la dependencia, la obediencia y la subordinación. Los miembros del grupo se encuentran tan íntimamente relacionados los unos con los otros que todo acto individual tiene un significado colectivo de la máxima importancia (Bandura, 1992 y Post, 1992). El grupo terrorista necesita a su vez de un grupo de apoyo que puede estar constituido a su vez por una facción, una clase social, un grupo religioso o un grupo político, que buscan un tipo particular de cambio político. Para Gurr (1992), las dos vías principales para que el grupo terrorista pase a la acción son la radicalización —que caracteriza a grupos con objetivos orientados hacia el futuro— y la reacción —cuando un grupo ve amenazado su estatus o sus derechos—. Estos últimos afirman actuar en defensa de una comunidad más amplia cuya integridad y bienestar se encuentran en peligro. Este terrorismo de base comunitaria —ETA, IRA— despierta con frecuencia algún apoyo entre la comunidad debido a resentimientos latentes por viejas injusticias y desigualdades actuales.

Es decir, se supone que los beneficios —fundamentalmente psicológicos— de una campaña terrorista llevada a cabo con éxito, serían compartidos por todos aquellos que apoyan individualmente y colectivamente los fines del grupo, sin importar en qué medida participen activamente (Reich, 1992). Por ello, no es fácil encontrar *una solución de corto alcance para el problema del terrorismo*. Una vez que un individuo se encuentra, en términos de Post (1992), «metido en la olla a presión» del grupo terrorista, resulta prácticamente imposible influir en él. A largo plazo, la política antiterrorista más efectiva es

aquella que inhibe a los reclutas potenciales para que no se integren al grupo (Post, 1992).

Los actos terroristas, supuestamente políticos, llevados a cabo por el grupo se justifican de manera colectiva, reflejando en esa justificación valores sociales predominantes de manera que el comportamiento individual y el grupal se encuentran íntimamente unidos, una idea que los expertos soslayan con suma facilidad. La cohesión de grupo así generada se ve aumentada por el peligro externo, que tiende a reducir la división interna y a producir unidad contra el «enemigo externo».

#### *2.4. Contexto histórico*

El contexto histórico forma parte del macrosistema dentro del modelo ecológico. No hay que ignorar cuando se analiza el terrorismo político o étnico nacionalista, el proceso histórico de desarrollo de una conciencia nacional que bien se ignora, o bien se intenta bloquear desde el Estado. Ahora bien, con palabras de Unzueta (1984, pág. 22), no es cuestión de recrearse en el pasado, pero cuidado de empeñarse en ignorarlo o en hacer creer que una huella de esta naturaleza, testarudamente urdida, puede desaparecer de la noche a la mañana. Pueden olvidarse los episodios concretos, pero la huella queda. De la misma manera que nuestra psicohistoria define nuestro presente, así sucede con la psico-socio-historia de pueblos y comunidades. Ignorarlo supone despreciar la esencia de un pueblo, es decir, sus creencias, sus valores, sus hábitos, en una palabra, su concepción del mundo y de la vida.

El desarrollo de esta conciencia nacional no se basa sólo en una historia, en unas bases étnicas, sino también, y fundamentalmente hoy, en la respuesta a la búsqueda por parte de la colectividad de preguntas sobre su futuro, su identidad, en definitiva a la búsqueda de sí mismo para dar respuesta a estos interrogantes (Ruiz de Pinedo, 1984).

#### *2.5. Medios de comunicación*

Los medios de comunicación de masas son parte integrante de ese macrosistema y a su vez un microcontexto fundamental en el análisis del terrorismo. Yo creo que convergemos en la idea de que los terroristas tienen en los mass media uno de sus grandes aliados. En primer lugar, porque aprenden de las experiencias de los demás, conocidas con frecuencia a través de los medios de comunicación y, en segundo lugar, porque detectan los estados de opinión y las diferentes actuaciones de la policía. En ocasiones, obtienen información hasta de sus futuras víctimas.

En este sentido, los países occidentales son los mayores impulsores de los terroristas, no sólo porque se les presta tanta atención en los medios, sino todavía más porque los líderes políticos hacen declaraciones mesiánicas sobre sus intenciones de destruir el terrorismo hasta sus mismas raíces, rindiéndoles de esa manera un alto tributo. Claro que, como esto no es posible de ninguna de las maneras, los terroristas obtienen como consecuencia de ello, grandes beneficios publicitarios. Con estos refuerzos se convierten en los grandes actores en los escenarios mundiales más significativos: juegos olímpicos, reuniones de jefes de estado, reuniones científicas, etc., con lo cual el incremento de su autoestima y sentimiento de pertenencia al grupo se activan en progresión geométrica.

### III.A MODO DE CONCLUSIÓN

Un análisis del terrorismo requiere integrar todas aquellas variables que se consideran cruciales en cada uno de los contextos del desarrollo humano. Es decir, al individuo en su red. Así, no debería soslayarse en los análisis, los contextos familiares y escolares, íntimamente relacionados. La socialización familiar y escolar son contextos determinantes en la transmisión de valores, en la autoestima y en el ajuste. Desde la óptica de la intervención, considero que ante las dificultades que tenemos de intervenir en el medio familiar, se debería atender con mimo el medio escolar, a través de un curriculum atractivo, dinámico, con mayor protagonismo del alumno y, sobre todo, flexible. Un curriculum que se adapte a las circunstancias especiales y a las demandas de amplios sectores de la sociedad.

Un sistema educativo sancionador genera violentos absentismos y rechazos a la escuela, fuente a su vez de la génesis de pandillas y de desencantos en donde se nutre el terrorismo. Insisto en la educación por encima de todo, puesto que creo en ella más que en cualquier otra medida, bien sea o no coercitiva. Porque centrarse en la psicopatología para explicar los comportamientos terroristas es un recurso demasiado fácil y, además, o, posiblemente por ello, muy poco efectivo. Junto con las medidas educativas, deben funcionar otras medidas como las sociales y económicas. Es cada vez mayor el desencanto y la frustración de los jóvenes de hoy ante unas perspectivas de futuro desalentadoras; la creación de nuevos estímulos y perspectivas supondrían un revulsivo frente a una vida con dificultades excesivas y alicientes escasos.

Creo que la amenaza externa y una política reactiva de represalias son insuficientes para intimidar a los líderes de la organización terro-

rista e inducirles a abandonar sus actos de violencia política. Quiero decir que la política de represalias puede que a corto plazo tenga su efecto disuasorio. Pero, a largo plazo, los testigos jóvenes de esta violencia serán más tarde parte activa de esta violencia terrorista. Por eso también sugiero no ignorar la historia, pues hacer historia es actualizar el presente.

Paul Wilkinson (1987) pone de relieve el carácter de «cabeza de hidra» del fenómeno terrorista contemporáneo, en el sentido de que, cuando se piensa que se ha cortado la cabeza al movimiento terrorista, inmediatamente surge otra en su lugar. Para hacerle justicia, insiste Wilkinson con razón, es necesario aceptar en primer lugar que «el contexto lo es todo en el análisis de la violencia política». Aunque la exigencia de sensibilidad al contexto sólo puede ser plenamente satisfecha por una adecuada perspectiva histórica, es esta perspectiva, precisamente, la que, según el citado autor, ha estado ausente demasiado a menudo de la literatura sobre el tema. Intentar al menos una rectificación parcial de esta situación parece importante, pues es principalmente la dimensión histórica la que distingue el estudio académico del terrorismo de los enfoques periodísticos que exageran la novedad del fenómeno, ignorando las tradiciones y los contextos dispares en los que aparece.

A la larga, fórmulas efectivas podrían ser el quebrantar la red de apoyo externa al terrorismo, para lo cual se requieren de profundas medidas sociales y económicas: flexibilizar al máximo las vías de salida del terrorismo, para lo cual las vías del diálogo entre las diferentes fuerzas políticas es *conditio sine quanon* para que se pueda llevar a cabo; se sabe que el retorno del terrorista al desempeño de roles legítimos y no violentos en una sociedad democrática es muy problemática y personalmente peligrosa. No obstante, hay que hacer todo lo posible para que así sea con todas las fuerzas sociales apoyando la iniciativa; de aquí se sugeriría la recomendación de que se reduzca la atracción que ejercen los grupos terroristas, para lo cual, la vía educativa con las reformas necesarias en forma y contenido, junto con las medidas políticas y económicas, podrían ser los grandes amortiguadores y obstrutores del terrorismo. Todo ello en colaboración con los medios de comunicación de masas que deben tener la función de transmitir a todos los sectores de la población, de forma adecuada e insistente esas medidas y los objetivos que se persiguen, más que dramatizar y publicitar los actos terroristas, pues no hay que olvidar que eso también forma parte de sus objetivos, en este caso, psicológicos.



## BIBLIOGRAFÍA

- BANDURA, A.: «Mecanismos de desconexión moral». En Reich, W. (ed.), *Orígenes del terrorismo*. Pomares-Corredor. Barcelona, 1992; 173-205.
- BARKER, R.G. y otros: *Adjustment to physical handicap and illness*, 2d ed. Social Science Research Council. New York, 1953.
- BAUMANN, M.: *Terror or love: Bommi Baumann's own story of his life as a west german urban guerrilla*. Grove Press. New York, 1979. 19-24.
- BRONFENBRENNER, U.: «Toward an experimental ecology of human development». *American Psychologist*, 32, 1977; 513-531.
- COOPER, H.H.A.: «Psychopath as terrorist: A psychological perspective», *Legal Medical Quarterly*, 2, 1978; 188-197.
- COOPER, H.H.A.: «What is a terrorist: A psychological perspective», *Legal Medical Quarterly*, 1, 1977; 16-32.
- CORRADO, R.R.: «A critique of the mental disorder perspective of political terrorism», *International Journal of Law and Psychiatry*, 4, 1981, 293-310.
- CORTINA A. «*Ética y violencia política*». *Sistema*, 1996; 132-133:57-71.
- CRENSHAW, M.: «La lógica del terrorismo: comportamiento terrorista como producto de una elección estratégica». En Reich, W. (ed.), *Orígenes del terrorismo*. Pomares-Corredor. Barcelona, 1992; 17-35.
- CRENSHAW, M.: «Preguntas a responder, conocimientos a aplicar, investigaciones pendientes». En Reich, W. (ed.), *Orígenes del terrorismo*. Pomares-Corredor. Barcelona, 1992; 265-280.
- DODD C.: «La contención del terrorismo: la violencia en la política turca, 1965-80". En O'Sullivan, N. (ed.), *Terrorismo, ideología y revolución*. Alianza. Madrid, 1987; 165-186.
- ELZO, J.: «*Euskalerrria en la encuesta europea de valores: ¿son los vascos diferentes?*». Universidad de Deusto. Bilbao, 1992.
- ELZO, J.: *The problem of violence in the basque country*. International Meeting: Biology and Sociology of Violence, Septiembre 1966. Fundación Valenciana de Estudios Avanzados. Valencia, 1966.
- FERRACUTI, F.: «A sociopsychiatric interpretation of terrorism», *Annals of the American Academy of Sciences*, 463, septiembre de 1982; 136-137.
- FERRACUTI, F.: «Ideología y arrepentimiento: el terrorismo en Italia». En Reich, W. (ed.), *Orígenes del terrorismo*. Pomares-Corredor. Barcelona, 1992; 73-78.
- FORNARI, F.: *The psychoanalysis of war*. Indiana University Press. Bloomington, 1975.

- GARTNER, R.: *Cross-cultural aspects of violence*. International Meeting: Biology and Sociology of Violence, Septiembre 1966. Fundación Valenciana de Estudios Avanzados. Valencia, 1966.
- GOTTESMAN, I.: *Genetics and human aggression*. International Meeting: Biology and Sociology of Violence, Septiembre 1966. Fundación Valenciana de Estudios Avanzados. Valencia, 1966.
- GRACIA, E.; HERRERO, J. y MUSITU, G.: *Apoyo Social*. PPU. Barcelona, 1995.
- GURR, T.R.: «El terrorismo en las democracias: sus bases sociales y políticas». En Reich, W. (ed.), *Orígenes del terrorismo*. Pomares-Corredor. Barcelona, 1992; 100-118.
- HINDE, R.: *The diversity of aggression*. International Meeting: Biology and Sociology of Violence, Septiembre 1966. Fundación Valenciana de Estudios Avanzados. Valencia, 1966.
- KELLEN K. «Ideología y rebelión: terrorismo en Alemania occidental». En Reich, W. (ed.), *Orígenes del terrorismo*. Pomares-Corredor. Barcelona, 1992; 55-72.
- LAITIN, D.D.: «Resurgimientos nacionalistas y violencia». *Sistema*, 1996; 132-133:193-229.
- LASCH, CH.: *The culture of narcissism*. W.W. Norton. New York, 1979.
- LEVINSON, D. y MALONE, M.J.: *Toward explaining human culture: A critique of the findings of worldwide cross-cultural research*. HRAF Press. New Haven, 1980.
- MARDIN, S.: «Youth and violence in Turkey». *Arch. Europ. Sociol.*, XIX, 1978; 229-254.
- MILGRAM, S.: *Obedience to authority: An experimental view*. Harper & Row. New York, 1974.
- MINISTERIO DEL INTERIOR DE ALEMANIA OCCIDENTAL: *Analysen zum terrorismus*, 1-4. Deutscher Verlag. Darmstadt, 1981, 1982, 1983, 1984.
- MOLPECERES, M.A.: *Sistemas de valores, estilos de socialización y colectivismo familiar*. Tesis de Licenciatura. Dir. Gonzalo Musitu. Facultad de Psicología. Universidad de Valencia, 1991.
- MONTAGU, A. (comp.): *Learning non-aggression*. Oxford University Press. New York, 1978.
- MORE, G.: *Terror in Quebec: Case studies of the F.L.W.* Clarke, Irwin. Toronto, 1970.
- MUSITU, G. y ALLATT, P.: *Psicosociología de la familia*. Albatros. Valencia, 1994.

- MUSITU, G.; ROMAN, J.M. y GRACIA, E.: *Familia y educación: Prácticas educativas de los padres y socialización de los hijos*. Labor. Barcelona, 1988.
- MUSITU, G.; ROMAN, J.M. y GUTIERREZ, M.: *Educación familiar y socialización de los hijos*. Idea Books. Barcelona, 1996.
- O'SULLIVAN, N.: «Terrorismo, ideología y democracia». En O'Sullivan, N. (ed.), *Terrorismo, ideología y revolución*. Alianza. Madrid, 1987; 19-46.
- O'SULLIVAN, N.: *Terrorismo, ideología y revolución*. Alianza. Madrid, 1987.
- OVEJERO, A.: *El aprendizaje cooperativo*. PPU. Barcelona, 1990.
- POST, J.M.: «Psicología terrorista: el comportamiento terrorista como producto de fuerzas psicológicas». En Reich, W. (ed.), *Orígenes del terrorismo*. Pomares-Corredor. Barcelona, 1992; 36-52.
- REICH, W.: «Límites y oportunidades de la investigación psicológica». In: Reich, W. (ed.), *Orígenes del terrorismo*. Pomares-Corredor. Barcelona, 1992; 281-298.
- REICH, W.: *Orígenes del terrorismo*. Pomares-Corredor. Barcelona, 1992.
- REINARES, F.: «Fundamentos para una política gubernamental antiterrorista en el contexto de regímenes democráticos». Sistema, 1996; 132-133:111-127.
- REINARES, F.: *Violencia y política en Euskadi*. Descleé de Brouwer. Bilbao, 1984.
- REINARES, F.: «Características y formas de terrorismo político en sociedades industriales avanzadas». Revista Internacional de Sociología, 5, Mayo-Agosto. Madrid, 1993; 35-67.
- ROLLINS, B.C. y THOMAS, D.L.: «Parental support, power, and control techniques in the socialization of children». En W.R. Burr, R. Hill, F.I. Nye y I.L. Reiss (eds.), *Contemporary theories about the family*, vol.1, Free Press. New York, 1979; 317-364.
- ROSS, M.H.: «Socioeconomic complexity, socialization, and political differentiation». Ethos, 9, 1981; 217-247.
- ROSS, M.H.: «The role of evolution in ethnocentric conflict and its management». Journal of Social Issues, 47, 1991; 167-185.
- RUIZ DE PINEDO, I.: «Euskadi, cuestión de estado». En Reinares, F. (ed.), *Violencia y política en Euskadi*. Descleé de Brouwer. Bilbao, 1984; 55-70.
- SEARS, R.R.; MACCOBY, E.E. y LEVIN, H.: «The socialization of aggression». En E.E. Maccoby, T. Newcomb y E.L. Hartley (comps.), *Reading in social psychology*, Holt, Rinehart & Winston. New York, 1958, 2ª ed; 350-358.

- SPRINZAK, E.: «La formación psicopolítica del terrorismo de extrema izquierda en una democracia: el caso de los Weathermen». En Reich, W. (ed.), *Orígenes del terrorismo*. Pomares-Corredor. Barcelona, 1992; 79-99.
- TILKER, H.A.: «*Socially responsible behavior as a function of observer responsibility and victim feedback*». *Journal of Personality and Social Psychology*, 14, 1970; 95-100.
- TURK. A.T.: «*La violencia política desde una perspectiva criminológica*». *Sistema*, 1996; 132-133:41-55.
- UNZUETA, M.: «Claves para comprender una situación». En Reinales, F. (ed.), *Violencia y política en Euskadi*. Descleé de Brouwer. Bilbao, 1984; 15-36.
- VOLKAN, V.D.: *The need to have enemies and allies: From clinical practice to international relationships*. Jason Aronson. New York, 1968.
- WILKINSON, P.: «La lucha contra la hidra: el terrorismo internacional y el imperio de la ley». En O'Sullivan, N. (ed.). *Terrorismo, ideología y revolución*. Alianza. Madrid, 1987; 251-269.
- WILKINSON, P.: «Las leyes de la guerra y del terrorismo». En Rapoport, D.C. (ed.), *La moral del terrorismo*. Ariel. Barcelona, 1985; 115-137.
- ZIGLER, E. y CHILD, I.L.: «Socialization». En G. Lindzey y E. Aronson (comps.), *Handbook of social psychology*, 2ª ed. Addison-Wesley. Reading, Mass., 1969.